

Tierra de leones

POR > HENRY STEIN

Recorrido crítico por distintas afirmaciones de renombrados escritores acerca de Colombia. Eduardo Caballero Calderón, Porfirio Barba Jacob, Rubén Darío y Jorge Luis Borges, entre otros, expresaron en diversos momentos su impacto sobre la “identidad colombiana”.

* Escritor vallecaucano, residente en Barranquilla.

*Colombia solo hay una.
—¡Menos mal!
Anónimo*

He aquí una problemática cuestión que por su naturaleza y complejidad no ha sido fácil explicar o aclarar de manera concluyente: ¿qué es Colombia?

Aunque casi todos los estamentos y estratos de nuestra sociedad han mostrado especial interés en encontrar una explicación acorde con nuestra intrincada realidad e idiosincrasia, hasta la fecha los esfuerzos hechos en tal sentido no han producido los frutos esperados.

Sociólogos, políticos y politólogos, escritores y académicos, deportistas y religiosos, personajes de la farándula y el hombre de la calle, amas de casa y publicistas, reinas de belleza y antropólogos, entre otros, se han aplicado con empeño a este propósito nacional, sin que hasta el día de hoy hayan logrado, repito, dilucidar con claridad meridiana y argumentos sólidos e incuestionables nuestra manera de ser o acuñar la frase o expresión justa o precisa que defina cabalmente a nuestro país y sea acogida por sus habitantes sin ninguna objeción.

Convencidos de la gran importancia o interés de este asunto, en estas páginas nos hemos propuesto presentar una breve relación o inventario —con ánimo didáctico o a modo de ilustración— de aquellas frases, definiciones y conceptos, expresados en verso o en prosa —en términos laudatorios o de acrimonia—, que por un motivo u otro en su momento atrajeron la atención de nuestros compatriotas o de la opinión pública, originaron candentes y efímeras controversias de índole sociológica o etnográfica, atizaron el fervor naciona-

lista, hicieron sonreír a más de un contertulio de café o rabiarse a los patrioteros recalcitrantes o a los defensores a ultranza de nuestra problemática identidad.

Comencemos nuestro cometido trayendo a colación que el escritor y periodista Eduardo Caballero Calderón, cuyas novelas de carácter realista –inspiradas por lo general en las vicisitudes del hombre del campo, en la violencia bipartidista y en los abusos de terratenientes y gamonales contra labriegos y jornaleros– eran lectura obligatoria en el bachillerato de nuestra época, escribió en un texto –refiriéndose a la hipotética importancia de nuestro país en el ámbito global– las palabras que transcribimos a continuación, que corroboran plenamente su acreditada franqueza y su talante de provocador:

Colombia podría desaparecer de la arrugada faz de la Tierra, tragada por una marea del Pacífico o sumergida por el impacto de una bomba de uranio, sin que la humanidad perdiera absolutamente nada.

Después de darle muchas vueltas al asunto, un poeta capitalino llegó a la prosaica y desencantada conclusión –a tono con la generación literaria de la cual forma parte– de que el nuestro es un país mal hecho, cuya única tradición digna de tenerse en cuenta son sus errores.

Transgresor apasionado e impenitente, poeta en el más cabal sentido de esta palabra, que “supo cosas lúgubres, tan hondas y letales, que nunca humana lira jamás esclareció”, y cuyo mal, como lo explica en uno de sus emotivos versos, era “ir a tientas con el alma enardecida”, Porfirio Barba Jacob solía referirse a Colombia –y de contera la definía– con esta lacónica y rotunda expresión, propia de un libelista de ley o de un grafitero irreverente o contestatario: “Mierdolandia, capital Bogotá”.

Aunque por su contundencia dicha frase no requiere ninguna glosa, permítasenos acotar no obstante que esa era su peculiar manera de desquitarse, de cobrarle el maltrato que había recibido de sus mojigatos y fariseos coterráneos, quienes lo condenaron a vagar de una parte a otra de la Américas en condiciones lamentables, viviendo en la penuria.

Otro importante poeta colombiano, Juan Manuel Roca, ha hecho una descarnada radiografía de nuestro país en uno de sus más celebrados poemas, *Una carta rumbo a Gales*, del cual transcribimos la última estrofa:

Aquí nacen la rabia y las orquídeas por parejo,
no sabe usted lo que es un país
como un viejo animal conservado
en los más variados alcoholes,
no sospecha usted lo que es vivir
entre lunas de ayer, muertos y despojos.

Si bien hasta ahora solo hemos recogido testimonios de escritores nacionales, no solo estos se han ocupado del asunto que motivó este escrito, es decir, rastrear algunas definiciones, conceptos, explicaciones o frases referentes a nuestro país. Escritores de otras latitudes también han mostrado interés en este tema. Entre otros, un notable prosista y un gran poeta de la América hispana, ambos prominentes figuras entre quienes conforman la pléyade o élite de literatura en lengua española de todos los tiempos.

Borges, uno de los escritores foráneos a los que hicimos alusión en el párrafo anterior –cuya nacionalidad, supongo, no hace falta indicar–, en uno de sus iluminadores y deslumbrantes cuentos pone en boca de un personaje esta categórica afirmación: “Ser colombiano es un acto de fe”.

Aunque esta frase lapidaria –esta especie de aforismo– no hace referencia directa a la cuestión que nos interesa, su indiscutible valor estético nos motivó a incluirla en este apresurado e incompleto inventario de explicaciones, frases y conceptos relacionados con nuestro país.

Entre las expresiones que acuñó Rubén Darío –el otro escritor foráneo aludido arriba– para referirse a esta nación o elogiarla destaca, sin duda, aquella con la que en cierta ocasión la definió, con desbordado entusiasmo, como *tierra de leones*.

“Ignoramos si en el momento en que expresó su encomiástica frase –que se ha hecho muy popular entre nosotros y en otros países del continente americano– estaba sobrio como un asceta o un monje tibetano o, por el contrario, como era habitual en él, completamente borracho como una cuba”, escribió en un texto de juventud sobre el país –texto publicado en un modesto órgano de expresión universitario–, en el que, entre otras cosas, hace explícita referencia a la frase de marras, quien años después se convertiría en el controvertido prosista Dicterio Echegaray, *outsider* odiado por muchos y aclamados por otros tantos.



Borges, en uno de sus iluminadores y deslumbrantes cuentos, pone en boca de un personaje esta categórica afirmación: “Ser colombiano es un acto de fe”.

“Sea cual fuere el estado en que se encontraba –expresa a renglón seguido–, lo único que importa es que su frase ha generado mucho ruido y diversas reacciones”.

Interpretando a su manera la clara expresión metafórica del insigne bardo –dándole a esta un deliberado sentido o matiz jocoso–, Echegaray menciona algunos de los que él considera los “leones” más populares, emblemáticos o controvertidos del país: León de Greiff, el temperamental dirigente deportivo León Londoño, León Villa, León Darío Gómez y León María Lozano – más conocido como “el Cóndor” –, oscuro y siniestro personaje de la historia de Tulúa que inspiró al escritor Gustavo Álvarez Gardeazábal su obra de mayor resonancia, *Cóndores no entierran todos los días*. Y cierra su heterogénea y arbitraria lista con Guillermo León Valencia, radical expresidente conservador payanés e hijo del poeta y fogoso orador Guillermo Valencia.

Llevando al extremo su interpretación sesgada, en otro párrafo afirma que el ilustre hijo de Nicaragua se quedó corto en su espontáneo elogio a nuestro país, que debió mencionar otros especímenes igualmente representativos de nuestra exuberante fauna tropical y montañosa y de nuestro bestiario político y social.

Echegaray termina su texto –en el que ya se perciben destellos del punzante estilo que lo distinguiría posteriormente– enfatizando que Colombia no solo es tierra de “leones”, sino además de aves rapaces, de carroñeros, de lagartos, de camaleones y oportunistas y, sobre todo, de numerosas especies y subespecies de bribones y sabandijas.

Por otra parte, Bartolomé Escribano, avezado investigador sociopolítico y lúcido polemista de nuestro país, ha hecho este impactante y desalentador diagnóstico del mismo en un documento que aún no ha dado a la imprenta y que, suponemos, una vez publicado dará mucho que hablar y no será de buen recibo entre los académicos ortodoxos y los investigadores oficialistas, que no obstante las evidencias y pruebas fehacientes en que basa sus argumentos, seguramente lo considerarán malintencionado, una intolerable afrenta para el buen nombre de nuestro pueblo y le restarán importancia por su presunto subjetivismo, por su falta de rigor y de objetividad.

Ilustremos lo dicho sobre este autor con este fragmento de su trabajo que nos cedió amablemente para colaborar en el propósito que motivó estas líneas:

Aunque los desmemoriados, los que hacen la vista gorda, los desinformados, los afectos al poder, los ofensores y los optimistas patológicos opinen lo contrario, es decir, que este es *el mejor vivero del mundo*, la cruda realidad y los datos estadísticos no oficiales indican que en Colombia se han sobrepasado todos los límites de lo que se considera razonable o racional y batido todos los récords en cuanto a ignominias, a acciones que lesionan o vulneran la dignidad humana: este es el país de “nuestra América” donde más lagrimas se han derramado y se siguen derramando –aunque muchos idiotas útiles y los “medios de desinformación” se esfuercen por falsear lo evidente mostrando una bella imagen edénica de un falso país virtual de gente contenta y feliz, que disfruta la vida plenamente, sin prevención y sin miedo–; donde existe el mayor número de viudas, huérfanos y desaparecidos; donde más se practica el tiro al blanco, al negro, al mestizo, al aborígen, al sindicalista, al académico, al periodista, al defensor de derechos humanos...

En este punto de nuestro inventario o relación consideramos oportuno puntualizar que aunque respecto a este complicado asunto solo conocemos –o solo se le ha dado importancia– lo registrado en los anales de la historia del país y lo dicho por personalidades de la

literatura –llámense poetas o novelistas–, de la academia, de la vida pública o de las altas esferas, en todas las épocas también han circulado paralelamente, de boca en boca y por otros canales, opiniones atribuidas al ciudadano común, al hombre de la calle y a los irreverentes, que como es sabido, a diferencia de quienes tienen acceso a los *mass media* o a publicaciones especializadas, suelen recurrir a pasquines, muros, paredes de edificios públicos y orinales de teatros, bares y tabernas para expresar su parecer sobre cualquier asunto o materia, hecho o acontecimiento.

En la antología de frases plasmadas en muros, paredes y orinales de ciudades de este país no son pocas las que sobresalen por su precisión, agudeza e ingenio; entre otras, la frase que lo define como un invento del Instituto Geográfico Agustín Codazzi, del Dane o de la junta directiva del Banco de la República y aquella que lo caracteriza como una réplica andina del legendario *Far West*.

Por otra parte, en corrillos y mentideros es común escuchar que contrario de lo que proclaman diariamente desde las tribunas de las plazas públicas y enfatizan en periódicos y noticieros radiales y televisivos los “prohombres” y los “honorables” padres putativos y putañeros de la patria, esta no es –y ni siquiera parece– una república ni un Estado social de derecho sino una especie de sociedad primitiva, tribal, bárbara, sangrienta.

Y en las tertulias de cafés se dice y se repite con mucha frecuencia que el mayor problema de este país son sus dirigentes, pues siempre ha tenido la mala suerte de ser regido por personajes pintorescos, atrabiliarios e intransigentes, con una nociva y contraproducente actitud mesiánica, paternalista, de redentores o de superhéroes que los mueve a gobernarlo como autócratas o déspotas –a punta de arrogancia, torpezas, arbitrariedades y plomo–, o como si se tratara de una de sus muchas propiedades y sus habitantes fueran sus vasallos; por individuos motivados por intereses particularistas o que proceden según el dictado o la conveniencia de un sector de la colectividad o de otros individuos que desde las sombras o desde lugares distantes mueven con astucia y destreza –cual diestros titiriteros– los invisibles hilos del poder; y en general por políticos que actúan con fines y medios turbios –discúlpelese este innecesario énfasis o redundancia. Todos ellos, sin excepción, célebres por alguna infamia.

Como según su parecer en este país ocurren las cosas más inauditas que alguien pueda imaginarse, reinan el caos y la anarquía y todo está patas arriba, algunos compatriotas proponen que su actual nombre le sea cambiado oficialmente por el de Locombia o Macondo –apelativos con que se lo llama en la calle–, que según ellos resultan más acertados, más acordes con su desconcertante realidad social y política.

Por otro lado, en vez de apuntar a desvelar o esclarecer los rasgos o características distintivos o definitorios de nuestra identidad o idiosincrasia, otras voces prefieren hacer hincapié en que somos gente arbitraria, atravesada, malasangre y violenta y que indudablemente este país es la oveja negra del planeta.

Pero, en honor a la verdad, no todo ha sido vituperios ni diatribas para este sufrido y convulsionado pueblo. Aunque a algunos les resulte difícil creerlo, también tiene panegiristas y admiradores entusiastas e incondicionales, también “fans” y simpatizantes dentro de sus fronteras y fuera de estas y ha suscitado ditirambos y muchos otros elogios dorados y superlativos como el del autor de *Azul*.

No son pocos los convencidos de que este es un país “querible”, “bailable”, divertido, fuera de serie, que nunca pasa de moda, y por lo mismo, por una razón u otra, siempre está en los noticieros de las principales cadenas televisivas internacionales y en las portadas de las más importantes revistas y diarios del mundo. Es decir, todo el tiempo, todos los días y meses del año, aparece en primera plana, provoca mucho interés y da lugar a comentarios ponderativos o controversias.

Sus admiradores afirman ufanos que lo único realmente importante es que, para bien o para mal, siempre se está hablando de él, que en ninguna ocasión pasa inadvertido ni es ignorado en el escenario mundial.

Incluso, algunos compatriotas y simpatizantes creen que este es el país más afortunado y feliz de cuantos existen en este deteriorado y tumultuoso planeta.

Convencidos de que la problemática cuestión que motivó estas páginas aún está pendiente de una respuesta satisfactoria o de una explicación esclarecedora, consideramos válido y necesario seguir insistiendo en ello: ¿qué es Colombia? O mejor: ¿quiénes somos realmente? ■